

BEN LADEN Y EL CENTRO DE GRAVEDAD

Roberto L. Pertusio

La muerte de Ben Laden ha sido un acontecimiento relevante que repercutió a nivel mundial. Pocos son los seres humanos que por sus rasgos, ya sean positivos o negativos, dan paso a una cobertura periodística como la que tuvo lugar al difundirse la noticia de la muerte del jefe supremo de Al-Qaeda. Sin duda, fue en los Estados Unidos de Norte América, país que resultó brutalmente agredido diez años atrás por esta oscura y despiadada organización no gubernamental (ONG), donde con mayor entusiasmo se recibió la noticia. En rigor, el nombre de ONG que acabo de asignarle responde más bien a una denominación genérica, vinculada en todo caso, a una simplificación lingüística. En el ámbito internacional, a las organizaciones de este tipo se las conoce oficialmente como grupos no estatales (G.N.E.), “*non estates actors*” en inglés; los hay legales e ilegales como en el caso de Al Qaeda.

Los ataques perpetrados el 11 de setiembre de 2001 con aviones de líneas comerciales fueron perversamente planeados y ejecutados, a punto tal que más allá del doloroso saldo de víctimas, los blancos escogidos representaban los mayores exponentes o símbolos del poder del Estado, en este caso, del Estado más poderoso del planeta. El “poder del Estado”, tal como lo expresan todos los documentos emitidos por la propia Casa Blanca, así como en términos generales por la literatura política angloparlante, está conformado por tres vertientes que son en esencia una suerte de trinidad profana: el poder político, el poder económico y el poder militar. Si me atrevo a denominarla “trinidad profana”, es porque ante la ausencia de cualquiera de ellos, el poder del Estado se desvanece. Cada uno desempeña un rol dentro de su ámbito, pero ninguno puede prescindir de los otros dos, su sinergia en armonioso equilibrio da sustento a la respetabilidad de todo Estado soberano. Sin políticas no hay rumbo a seguir, sin economía no hay posibilidad de desarrollo ni de sustento, sin

El Contraalmirante Roberto Luis Pertusio es integrante de la promoción 81 de la Escuela Naval Militar egresó como guardiamarina en diciembre de 1954, pasando a retiro a comienzos de 1987. Sus últimos destinos en la Armada fueron: Director de la Escuela de Guerra Naval y Director General de Instrucción Naval. Ya retirado, durante diez años se desempeñó como titular de las cátedras de Geopolítica en la Universidad de Belgrano, en la carrera de Ciencia Política y en la Facultad de Posgrado; asimismo, fue titular durante dos años de la cátedra de Política internacional Contemporánea en dicha universidad. Se desempeñó como titular de la cátedra de Estrategia Operacional en la Escuela de Guerra Naval y fue miembro del Centro de Estudios Estratégicos de la Armada, al que representó en diversos congresos y simposios con trabajos de su autoría. Es autor de varios libros publicados por el Instituto de Publicaciones Navales y de artículos aparecidos en diversas revistas.



fuerzas armadas no hay quien proteja a ambas, y, por sobre todo, a quienes habitan el territorio del Estado en cuestión.

Hay quienes piensan que el ámbito militar no tiene la misma importancia que los otros dos, le está subordinado al político, y el económico es en definitiva quien brinda bienestar a la población. Sin embargo, Bismarck decía que pretender hacer política sin fuerzas armadas es como querer hacer música sin instrumentos. Se podrá argumentar que Bismarck fue un político del siglo XIX, pero la naturaleza del hombre no ha variado, sigue haciendo la guerra con sus congéneres y nada hace pensar que esto cambie en el futuro. Recordemos que, en el marco de la vinculación epistolar mantenida, cuando Einstein le formula a Freud en una carta la pregunta: “¿Por qué la guerra?”, éste le responde lacónicamente: “Porque el hombre es como es”.

Pues bien, en la mañana del 11 de septiembre de 2001, en el propio territorio de los Estados Unidos, los tres mayores símbolos de esa trinidad profana fueron los blancos escogidos por Ben Laden y ejecutados por miembros de la organización terrorista Al-Qaeda: las torres gemelas del World Trade Center eran un emblema económico del país y al mismo tiempo, un orgullo de la ciudad de Nueva York, su capital económica; el edificio del Pentágono, otro de los blancos atacados, constituye la sede del poder militar; y el tercer componente de esta “trinidad profana” no fue alcanzado porque los pasajeros del vuelo U-93 impidieron que la agresión se concretara: la Casa Blanca o el Capitolio.

Al-Qaeda dirigió sus ataques a objetivos estratégicos cuidadosamente seleccionados, fracasó en aquel que representaba el poder político de los Estados Unidos, que resultó indemne. Al margen del doloroso saldo en víctimas humanas, el desafío fue mayúsculo: una ONG (G.N.E.), que como tal no dispone de territorio, ni gobierno formal, ni ejército regular, ofende y desafía al país más poderoso de la tierra, la única superpotencia.

La reacción del gobierno de los Estados Unidos fue declararle la guerra, pero se daba un caso hasta entonces desconocido, por primera vez un Estado entraba en guerra con una ONG/G.N.E., después de todo, una organización terrorista merece ser catalogada de tal modo. Al fin de cuentas, se trata de una organización no gubernamental y como tal goza de la impunidad que le otorga el encontrarse por fuera del sistema internacional. ¿Con qué normas o leyes se rige una organización terrorista? ¿Qué sanciones le puede imponer la comunidad de naciones?

Es cierto que cuando se habla de ONGs se las vincula con fines altruistas, o al menos, de índole positiva, pero en su consideración más abarcativa se incluye este lado oscuro que es, de igual modo, ajeno al control del Estado.

El análisis que sigue responde de manera exclusiva a un frío enfoque estratégico, no considera en modo alguno los aspectos éticos o humanos que puedan dar sustento a cualquier otro tipo de debate. Quienes realicen un análisis integral del tema los tendrán seguramente en cuenta, pero no es este el caso, de allí el título propuesto: Ben Laden y el centro de gravedad.

Me limitaré entonces a considerar la figura del protagonista: Ben Laden, como el centro de gravedad de la organización terrorista supranacional Al-Qaeda. Por cierto, resulta imprescindible hacer previamente una incursión sobre el concepto “centro de gravedad” definido por Clausewitz.

Cuando el militar y pensador prusiano escribe su afamada obra: *De la guerra*, entre los muchos conceptos que elabora figura el de “centro de gravedad”, *schwerpunkt*. Para Clausewitz el centro de gravedad, tanto propio como enemigo, es aquello de tal trascendencia que de ser destruido, capturado o neutralizado impedirá a uno u otro proseguir la guerra. Como Clausewitz en su obra no le dedica más que un único párrafo, eso dio lugar a variadas

Al fin de cuentas, Al-Qaeda es una organización no gubernamental y como tal goza de la impunidad que le otorga el encontrarse por fuera del sistema internacional.

interpretaciones. Parece atinado entonces, reproducir el concepto tal cual su autor expresa en la página 556 de la versión en español: “*Todo lo que la teoría puede decir aquí es que el punto principal ha de mantener en vista las condiciones predominantes de ambas partes. De ellas saldrá y se formará un centro de gravedad, un centro de poder y movimiento, del cual dependerá todo, y el golpe concentrado de todas las fuerzas deberá dirigirse contra este centro de gravedad del enemigo*”.

Luego, el centro de gravedad es, en definitiva, el objetivo principal, tanto de la defensa como del ataque, puesto que de él emana la fortaleza de uno y otro.

Después de Vietnam pareciera que los Estados Unidos redescubrieron a Clausewitz, siendo el centro de gravedad uno de los aspectos más tenidos en cuenta. Entre la autocrítica que hacen al desarrollo de las operaciones en ese teatro de guerra, figura la errada elección del centro de gravedad a nivel estratégico: se pensó que se trataba de las fuerzas del Vietcong, cuando en realidad el centro de gravedad lo constituía el ejército regular de Vietnam del Norte. Tal error se mantuvo a lo largo de toda la contienda.

A partir de entonces, la literatura militar estadounidense trató con particular cuidado el concepto de centro de gravedad, su equivocada selección podría conducir al fracaso. El profesor M. Vego de la Escuela de Guerra Naval de los Estados Unidos (*Naval War College*), en su libro *On Operational Art*, esboza un interesante ejemplo de centro de gravedad ante un supuesto hecho de secuestro protagonizado por una organización terrorista.

Planteadas así las cosas cabe preguntarnos ahora, ¿era para los Estados Unidos Ben Laden el centro de gravedad de Al-Qaeda?

La respuesta que se nos ocurre es sí, al menos por la tenacidad con la que fue perseguido a lo largo de diez años. No obstante, nada parece asegurar que su desaparición física signifique el fin de Al-Qaeda, así como tampoco se puede negar que se trató de un golpe enorme a la organización. Es probable que en la figura de quien lo reemplace se establezca un nuevo centro de gravedad, pero quizá no de igual gravitación.

La siguiente pregunta que nos surge es: ¿Y así ocurrirá sin solución de continuidad? ¿Siempre habrá disponible un nuevo líder fanático con la suficiente capacidad de conducir tan perversa ONG? Como en su momento expresara Ortega y Gasset: “*El futuro es indócil, no es posible predecir los hechos singulares que mañana van a acontecer, se podrá sí anticipar el perfil general de la época que sobreviene*”. (*)

Lo cierto es que Ben Laden como centro de gravedad de Al-Qaeda no existe más, está en la capacidad de reacción de ésta el poder establecer uno nuevo. Que lo logre o le sea imposible se corresponde con lo que acabamos de citar de Ortega y Gasset. Lo que no quiere decir que no vaya a ser reemplazado, es posible que algún miembro de la organización se ponga al frente de ella; como tampoco podría descartarse que, tratándose de una organización ilegal y supranacional, ampliamente diseminada en muchos países e incluso continentes, aparezcan diferentes liderazgos locales o regionales.

Ahora bien, ¿qué hubiera sucedido de haber sido capturado vivo? Por cierto, la respuesta está en el imaginario de todo aquel que se formule semejante interrogante. La imaginación puede recurrir a cualquier respuesta, nada se arriesga, porque como tal cosa no ocurrió es posible dar rienda suelta a cualquier clase de especulaciones. En lo que se suele denominar análisis ucrónico, es decir, ¿qué hubiera pasado de haberse dado tal circunstancia?, parece posible aventurar una respuesta. De ser válida, haría entendible la ejecución de Ben Laden ni bien fue encontrado. Aun a riesgo de ser tautológico, permítaseme insistir que no nos encontramos ante un análisis exhaustivo del hecho, en cuyo caso entrarían a jugar cuestiones de índole ético, convenciones internacionales, etcétera; el presente es un enfoque exclusivamente estratégico y como tal tiene una matriz pragmática.

Después de Vietnam pareciera que los Estados Unidos redescubrieron a Clausewitz, siendo el centro de gravedad uno de los aspectos más tenidos en cuenta.

(*)
José Ortega y Gasset,
El tema de nuestro tiempo,
capítulo II, pág. 30.
Editorial El Arquero, Madrid. 1970.

De haber sido Ben Laden capturado vivo se hubiera dado, en lo referente al centro de gravedad, una suerte de juegos de espejos, donde la figura del líder de Al-Qaeda continuaría representando el centro de gravedad de la organización, aunque de distinto modo. Hubiera ocurrido algo similar a lo que sucede en las ecuaciones matemáticas, que cuando un término es traspasado de uno a otro lado de la igualdad cambia de signo. Ben Laden se hubiera convertido en un nuevo centro de gravedad de Al Qaeda, no ya por la conducción de un liderazgo que de hecho dejó de existir, sino por la capacidad potencial de amenaza que a través de su captura la organización hubiese logrado. El nuevo centro de gravedad, en cierto modo virtual, se daría por medio de la extorsión que estaría en condiciones, ya sea real o ficticia, de ejercer Al-Qaeda.

El mundo occidental se vería sometido a una cadena de mensajes cargados de amenazas que daría paso a una psicosis condicionante. No se debe perder de vista que el terrorismo responde a un comportamiento en el cual cada acto de terror es un anticipo de mayor terror. Por otro lado, la muerte de Ben Laden instala en la agenda internacional la posibilidad y hasta el deseo de venganza. Pero su captura y el sometimiento a juicio hubieran potenciado aquella de manera extorsiva, por más que se tenga la certeza que Estados Unidos en modo alguno canjearía al prisionero cualquiera fuese la amenaza.

No se debe perder de vista que el terrorismo responde a un comportamiento en el cual cada acto de terror es en anticipo de mayor terror.

En resumen, el riesgo estratégico que significaría tenerlo prisionero sería mayor que el que se corre habiéndolo eliminado. Se podrá argumentar que en uno y otro caso los actos terroristas se darían indistintamente, es cierto, pero muerto Ben Laden aquellos son producto de la venganza que naturalmente tendería al agotamiento. De haberlo capturado, el mundo occidental se hubiera visto sometido a una tenaz presión extorsiva, donde una espiral de acciones terroristas responderían al comportamiento ya señalado: terror en anticipo de mayor terror. Simultáneamente el prisionero sería noticia durante mucho tiempo, corriéndose el riesgo de despertar simpatías en sectores de frágil memoria, siempre proclives a solidarizarse con quien afronta una presunta situación de debilidad. Es decir, la figura de Ben Laden, con otro significado, se erigiría en el nuevo centro de gravedad de la organización terrorista.

Por último, no parece oportuno comparar lo acontecido con la captura y sometimiento a juicio de Saddam Hussein, en este caso no se trataba de un líder terrorista que acaudillaba fanáticos, sino de un dictador eternizado en el poder y que era objeto de repudio por gran parte de la población. No había en Saddam Hussein un componente de “fanatismo romántico”.